

# Concepción Antropológica de una Conciencia Oceánica en Chile e Iberoamérica

Manuel Dannemann  
UNIVERSIDAD DE CHILE  
SOCIEDAD CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

El enfoque antropológico intenta penetrar a través de la densa y amplia red de los hábitos sociales generales, hasta llegar a las especificidades más peculiares del comportamiento cultural de diferentes grupos humanos.

De esta manera busca entender cómo se articulan y cómo interaccionan en los diversos sistemas étnico-sociales, los subsistemas y los microsistemas que componen aquéllos: subsistemas educacionales, de creencias, de parentesco, o bien subsistemas en cuanto a núcleos más o menos autónomos, como ocurre con instituciones públicas o etnias indoamericanas, o microsistemas cultural, social y económicamente constituidos como es el caso de una comunidad de pescadores artesanales del litoral del Pacífico sur.

En este complejísimo plano, que la Antropología trata de comprender y explicar, debe recalarse, una vez más, la significación del ámbito espacial y del temporal como dos ejes, en cuyos puntos de encuentro se sitúa la conducta del hombre.

Con respecto del primero y en rigor para los fines de este artículo, en lugar de seguir usando la errónea y equívoca expresión de territorio marítimo, resulta más acertado hablar de espacio marítimo en relación con espacio terrestre.

Hecho este alcance, cabe, recordar que en el estudio antropológico posee particular importancia la evidencia de que los espacios donde los seres humanos habitan y desarrollan sus actividades, producen en éstos variadas dimensiones y sentidos, de acuerdo con necesidades que surgen en múltiples instancias.

Existe un espacio físico, un espacio sacralizado, hay un espacio donde confluyen proyecciones afectivas, uno que sentimos profundamente nuestro, otro que nos es ajeno y hasta hostil.

Por otra parte, la continuidad temporal, que el hombre condiciona a sus propósitos, muestra también aspectos disímiles: el fijado cronológicamente, el mágico, el del tedio, el del actuar, el emocional.

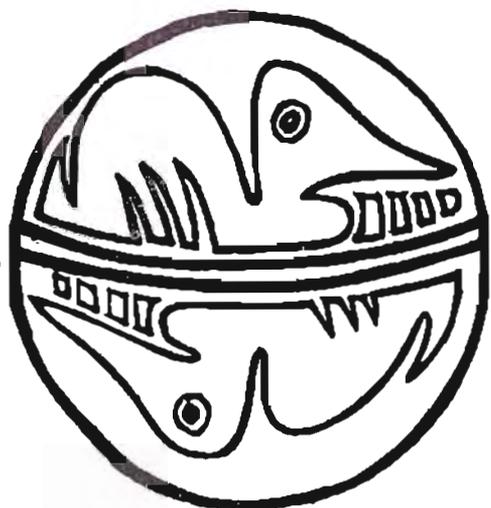
Igualmente es el hombre quien mide, conjuga y da validez a estas dos unidades y todas las alternativas que influyen en sus aspiraciones, en su conocimiento, en su ser y hacer, y en la conciencia que adquiere de la ecuación espacio-tiempo.

Referirse a la ocupación de un espacio y a las consecuencias de este acontecer en una serie de períodos, comprobar la aparición y dispersión del hombre en una extensa zona, hacen reflexionar hoy acerca de cómo podríamos aproximarnos a nosotros mismos, y preguntarnos qué es, a grandes rasgos, una concepción antropológica.

Esta interrogante podría tratar de responderse, destacando que los esfuerzos de comprensión del fenómeno humano hechos por la ciencia general de la Antropología, se dirige a la búsqueda de los principios y factores básicos que determinan la variabilidad, la diversidad y la unidad del hombre, tanto somática como culturalmente, en el tiempo y en el espacio. La llamada evolución permite observar algunos cambios de la humanidad, y también la persistencia de elementos mentales sociales, culturales y corporales. A su vez, la expansión del hombre a lugares heterogéneos y la difusión de sus formas de vida, nos enseñan el enorme poder de adaptación que él ha desarrollado para subsistir y avanzar, para construir su propia tradición cultural.

La Antropología social, como una rama de la general, procura encontrar la especificidad local de cada grupo en cuanto sistema, en la globalidad e interrelación de sus hábitos y de sus conductas, para acercarse así al fenómeno de la identidad humana.

En lo que respecta a la conciencia, cualquier estado y medida de ella provienen de un conocimiento empírico previo de una porción de la realidad. Cuando, por diversas motivaciones, ese conocimiento alcanza a transponer el límite del mundo inconsciente donde vivimos la cultura, cuando nos percatamos de causas y defectos, de razones y de relaciones, que antes habían pasado inadvertidos, cambia nuestra posición frente a los seres animados, a las cosas y al medio que nos envuelve e influye; nos tornamos conscientes gracias a una iniciativa personal o a algún camino de la socialización.



Una conciencia oceánica nos lleva a sentir y comprender la repercusión del mar, aunque no tengamos un contacto directo con él, aunque seamos de tierra adentro y quizás no lo vayamos ni siquiera a mirar jamás. Pero con esa conciencia un país puede emprender tareas y conseguir resultados que antes de obtenerla son muy difíciles o impracticables.

Una concepción antropológica de una conciencia oceánica constituye una forma de entender la relación de los subsistemas sociales que poseen dicha conciencia con los que carecen de ella, en el interior de un macrosistema, de confrontar los microsistemas provistos de una cultura marítima con los que no la tienen, en circunstancias de que no siempre la práctica de una cultura marítima produce una conciencia del significado del mar en la existencia y en el destino de los hombres.

A la Antropología social le incumbe, sin prescindir de lo que sobre el particular pudiese decir la Antropología biológica, explicar cómo son y qué efectos muestran la cultura y la conciencia marítimas en un macrosistema nacional.

Estas finalidades antropológicas, complementadas con los objetivos de otras ciencias, incluyen con énfasis la relevancia del espacio marítimo en el asentamiento y en el proceso de vida de los pueblos. Y el concepto antropológico de esta clase de espacio no se limita a lugares rodeados por el mar o dotados de costas en parte de su superficie, sino que al espacio donde aparece una cultura marítima expresada por medios de comunicación, sistemas de creencias, modos de producción, hábitos alimenticios, creaciones y reacciones artísticas, entre otras formas culturales. Esta cultura puede extenderse a regiones aledañas y hasta adquirir un rango representativo nacional.

El hombre indoamericano, con profundos influjos transpacíficos procedentes de Asia, desde unos cincuenta mil años antes del presente, según algunos in-

vestigadores habría comenzado a poblar su vasto territorio y a la par del aprovechamiento de recursos agrícolas, representados principalmente por el calabazo, el frijol y el maíz, en lo que corresponde a los comestibles, recibe también los frutos de la generosidad marítima, decisiva para la gestación de las civilizaciones de los Andes Centrales y de Mesoamérica, y que mucho influyera en las sociedades aborígenes del norte de Chile.

La aventura inicial del hombre americano, su adaptación y evolución en el habitat que descubriera hasta las altas conquistas de su esplendor cultural, nos dan una riquísima perspectiva de una parte de la trama de la existencia de la humanidad, marcan tipos del pasado prehispánico, hacen ostensibles las raíces de nuestro mestizaje y sugieren lecciones orientadoras para el futuro de Iberoamérica.

Conviene tener presente que en el espacio marítimo que el hombre hace suyo a causa de múltiples razones de uso, las sociedades que sobre él se forman y se desenvuelven no pueden evadirse del condicionamiento que les impone la naturaleza. De ahí que la red de símbolos de su cultura se carga de maneras de información, de interpretaciones, de tendencias, de artefactos, de procedimientos, que vienen del mar y vuelven a él como un flujo constante de mareas culturales. Pero al referirse a la naturaleza hay que cuidarse de incurrir en el rígido dualismo que la separa de la cultura. Al respecto, es didáctica y de mayor flexibilidad que otras la diferencia propuesta por el antropólogo Herskovits sobre esta materia, al señalar que la "cultura es la parte del ambiente hecha por el hombre"; de lo cual se infiere que la naturaleza es la parte del ambiente no hecha por el hombre. No obstante, éste no puede mirar, tocar, utilizar, transformar, destruir, la naturaleza, sino que culturalmente a través del tamiz de su calidad humana, de sus posibilidades de percepción; por eso que el hombre es como un péndulo que oscila entre la cultura que él mismo ha producido, y la naturaleza, de la cual también forma parte.

Iberoamericanamente, desde el sur de los Estados Unidos hasta el extremo austral de Chile, se comprueba hoy la penetración del mar a lo largo del prolongado pero hasta ahora inconcluso proceso del mestizaje somático y cultural, y no se olvide que el conquistador europeo-español venía de otro espacio marítimo, de otro mar, de otra cultura marítima, con una concepción del mundo muy distinta de la que podríamos llamar para ese entonces indoamericana; pero desde su desembarco, en el primer viaje de Colón, empieza a transculturarse y a transculturarse, más a aculturar que a ser aculturado, introduciendo, además, transformaciones de acen-

tuadas consecuencias en la vida social aborigen de las presuntas Indias.

No sería factible ahora describir las sucesivas etapas de la prehistoria iberoamericana y de las que se desprenden de la dominación hispánica, en relación con el tema que nos ocupa, pero sí evocar demostraciones de cultura marítima en las estructuras sociales, en los comportamientos culturales y en las identidades, de los pueblos del Océano Pacífico, como son los poemas épicos de la Polinesia, las divinidades marinas determinantes en el universo humano de todos los países del litoral americano, las técnicas agrícolas, como la fertilización de las siembras de maíz hecha con pescados, que nos enseña la cultura incaica; las técnicas de navegación de los fueguinos de Argentina y Chile.

A título de ejemplificación, y en cuanto a las creencias, el estudioso del folklora filipino, sacerdote Francisco R. Demetrio, en su diccionario sobre ellas y las costumbres tradicionales de su país, indica que la sombra puede tener efectos dañinos para la vida anímica y corporal del propietario de una casa, si éste permite que ella cubra cierto sector de la vivienda, durante una etapa de su construcción. En este mismo plano interpretativo de la consecuencia maléfica de la sombra está la vinculación que los alacalufes o qawasqar hacen de ella con la muerte y con los castigos que reciben del dios Ayayema.

Otros pueblos oceánicos indoamericanos comparten dicha creencia, y su signo negativo parece emanar del contraste entre la bondad de la luz de claridad, especialmente en los espacios marinos, en la navegación, en las faenas pesqueras, y la incertidumbre, peligro y desgracias, que pueden acarrear la oscuridad en el mar, particularmente en momentos de sombrías vicisitudes climáticas.

Los diseños plásticos emanados de las relaciones de los hombres con el mar han persistido, en algunos casos con valor simbólico, desde las épocas prehispánicas hasta nuestros días.

Uno de los más comunes y representativos corresponde a distintos tipos de peces. Al respecto, el arqueólogo Gerdt Kutscher en sus estudios sobre la cultura preincaica Moche, que floreciera en las cercanías de la actual ciudad de Trujillo, en la costa norte del Perú, nos informa que "ante la excepcional riqueza en peces de las aguas costeras era natural que adquiriese una importancia especial la pesca, que se practicaba mediante anzuelo o red desde la orilla, o bien el mar". Y más adelante expresa, que pescaban sobre pequeñas embarcaciones de totora con forma de caballitos, ochocientos años después de Cristo, destacándose en sus representaciones los demonios-anima-

les vestidos como hombres y, generalmente, pertrechados de armas. Junto a demonios zorros y demonios-jaguales, aparecen demonios en forma de pez y también de centolla divinidades aladas y otros muchos espíritus cuyas reproducciones suelen ser de un vigor subyugante".

A su vez la investigación de Robert Díaz Castillo, con el nombre "Totonicapán: peces y pájaros de loza vidriada", correspondiente a una localidad guatemalteca donde se produce esta artesanía, nos ilustra acerca de la construcción plástica de réplicas de los mencionados animales, hecha con barro cocido recubierto por un esmalte que se prepara con óxidos de cobre y plomo, con lo cual adquieren color café o verde, sea con función utilitaria-ornamental de alcancía, o decorativo-lúdica de cuerpo sonoro. Por eso dice el autor del citado trabajo, encomiando al artesano de los objetos estudiados, que "En los hermosos pitos de Pablo Francisco Gutiérrez sobrevive o perdura la antigua idea del silbato prehispánico. Los procedimientos técnicos de la cerámica vidriada llegados con la conquista apenas han podido introducirles modificaciones de índole precisamente técnica. Estos pitos Totonicapán siguen siendo zoomorfos y su fisonomía sorprendente tanto como la de sus antepasados peces con orejas y caras de perro o cerdos del monte y pájaros de verdadera fantasía".

Como última ejemplificación transcribiré un breve fragmento del artículo de Alfredo Ibarra, "Entre los indios coras de Nayarit", aborígenes a cuyos descendientes actuales se refiere, y que los tiempos prehispánicos "extendían su dominio político y religioso al oriente, hasta la Mesa Central, hoy Zacatecas, parte de Durango y Jalisco; al norte, toda la prolongación de la misma cordillera o sierra nayarita hasta Durazno, parte en que estaban y siguen asentados los tepehuanes, y por el poniente, toda la costa del Pacífico hasta Mazatlán. Por el sur es tradición que los dominios eran fronteras con los de los reyes tarascos que tenían a Tzintzuntzan por capital".



Describe hábitos rituales propios de grupos humanos que dan un hondo sentido a los poderes del mar, sentido que se trasunta en el océano como medio de envío de ofrendas, o de signo de presagios, o de habitat de seres sobrenaturales o de mediador de la naturaleza.

"También en mayo y abril suelen ir al mar, y en jícaras barnizadas y compuestas con chaquiras y con medecitos de plata o (quintos) vigésimos del mismo metal pegados con cera por dentro de la jícara, vestidos todavía se meten al agua, sueltan la jírica y, si toma rumbos favorables, se bañan; pero si toman rumbos contrarios según sus prácticas augurales -que no pude averiguar el sentido de éstas y cuáles eran los buenos rumbos- salen rápidamente y sin bañarse. Y esto después de caminar tantas horas".

Así como se podría hablar de un período de poblamiento indoamericano y, posteriormente, de uno de mestizaje europeohispanoindoamericano; así también cabría formular la hipótesis de un período de fuerte sentido de la cultura oceánica en la órbita del Pacífico y de un debilitamiento de ese sentido en el mismo espacio, en estrecha relación con grados de conciencia marítima. La disminución a la cual apunto, comienza con el encuentro o la lucha del indígena y el conquistador, cuando se promueven cambios drásticos en la interpretación y comprensión del mundo americano. Entonces se altera y se rompe una visión y una actitud frente a la realidad: las concepciones anímicas, religiosas, sociales, educacionales, autóctonas, concernientes al espacio marítimo, son marginadas, desplazadas, deterioradas, y en gran medida, aunque trunco y doliente, se conservarán en un paralelismo antagónico con el ideario foráneo, mientras surgen las naciones iberoamericanas cuyos miembros no pueden recuperar ni la cultura ni la conciencia oceánica de sus ancestros vernáculos, ni tampoco construir, mestizamente, hasta ahora excepto algunos grupos por condiciones especiales y culturales muy propios y peculiares, un modo de sentir marítimo que los mueva a una acción de destino.

Cómo actúa una conciencia oceánica en el sistema étnico social es otra cuestión fundamental de este trabajo, que, en el caso de Chile podría colocarse en una suerte de paradoja, en cuanto a que las estadísticas sobre obtención, venta y consumo de harina de pescado, los conocimientos acerca de la temperatura o de la profundidad de las aguas marinas, o los cálculos del tonelaje de la marina mercante, no son primordiales ni decisivos comunitariamente para crear y sostener dicha conciencia, pese a su largo litoral.

Intentar responder el interrogante que encierra el enunciado recién expuesto, conduce a suponer una

realidad holística de dos probables clases de grupos o de naciones iberoamericanas: la constituida por personas que en su totalidad o en su mayoría, o en mediana o en escasa cantidad, tienen una conciencia oceánica, y la que se halla compuesta por personas las cuales en su totalidad, o en su mayor, mediana o reducida cantidad, carecen de ella aunque pertenezcan a un país marítimo.

Por lo tanto, muy distinta es la situación de una microsociedad de pescadores artesanales colombianos de la costa del Pacífico, que efectivamente han logrado alcanzar una conciencia de su cultura marítima, que la de los habitantes de un caserío rural, quienes, aunque cercanos al mar, como es el caso de los reunidos en San José de la Costa, en la V Región de Chile, no tienen una conciencia de la significación de aquél, ni tampoco perciben si la hay entre sus vecinos que viven a orillas del mar trabajando en la pesca y en la extracción de mariscos, ni mucho menos que pueda existir ella en lugares más distantes del país.

La conciencia oceánica es susceptible de ser propagada, sin que, como ya se dijera, ella sea sólo una prerrogativa de quienes practican una cultura oceánica, de tal manera que sea cual fuere su intensidad y alcance de expansión, además de ser una actitud mental frente a un sector de la realidad del ambiente, humanizado, es una base de sustentación desde la cual se emprenden actividades, se cumplen compromisos y se trata de entender el orden de una estructura esto es, la relación del hombre con el mar, para abrir una vía al futuro.

En cualquier sistema étnico-social, una conciencia oceánica contribuye a la formación de valores que regulan y orientan la conducta humana, impulsa la creatividad cultural y la comunicación, desde la individual más íntima hasta la colectividad más socializada, reflejándose en un patrimonio cultural de bienes marítimos. Y cada uno de estos bienes, según su forma, su contenido, su función, no importa el material de que esté hecho, puede ser entendido como un texto cultural, de acuerdo con los criterios estructuralistas-semiotistas actuales. Si los integrantes de los sistemas étnicos sociales disponen de los recursos necesarios para leer correctamente estos textos, captando así sus mensajes, la eficacia de la conciencia oceánica aumentará en su amplitud e intensidad, y será una decisiva herramienta para lograr una cohesión social y una movilidad de acción, imprescindible en los pueblos que aún no se han percatado de su futuro marítimo.

Cultura, conciencia, historia, identidad, en sus ámbitos de espacio y tiempo, son voces fundamentales cuyos conceptos se han procurado formular aquí.

Pero sus significaciones más válidas competen a quienes las perciben e interpretan en el fondo de sus vivencias y experiencias. Es por ello que transcribiré un testimonio de un esquimal de Groenlandia, de un representante de la región del Artico, que bien pudiera constituir un llamado a muchos hombres de los países del Pacífico.

"Groenlandia en nuestro mundo. En él habitan los Inuit. Inuit significa habitantes del Gran Norte o simplemente, hombre. La historia de nuestro pueblo se pierde en el tiempo. Es probable que llegáramos de Mongolia, pues nos parecemos mucho a los asiáticos"

"El mar es, para los Inuit, la vida. La tierra nos es extraña. El mar -imoj- nos proporciona el alimento con las ballenas, las focas, los peces, y nos da nuestra vestimenta y material para nuestros barcos y nuestras artesanías consistentes en esculturas de marfil de morsa y de piedras pulidas por el mar. Ese mar es nuestro pan de cada día. Hasta los niños lo saben. La vida de los pescadores es una vida en común, en la que hay que compartir lo que se tiene. Vivir como pescadores es vivir con la familia propia, con las familias de la aldea. El mar es la vida en comunidad" "El mar condiciona toda nuestra existencia. Todos vivimos en la costa. El mar ha dado nacimiento a nuestra cultura, una cultura es armonía con la naturaleza".

"El mar es un espacio constantemente frecuentado. Hay derroteros para la pesca y para la caza. Existen vías de aprovisionamiento para ir a buscar la carne que se guardó después de una pesca o una cacería fructífera. Hay trayectos para visitar a la familia" (Broberg)

Las ideas reseñadas despiertan las esperanzas iberoamericanas y el autor de este artículo cae en la tentación de pensar en una Antropología para la identidad oceánica.

El esperar iberoamericano es ya un largo e infructuoso proceso de búsqueda para lograr una unidad, para reconocer y aceptar diferencias y semejanzas, para encontrar una probable identidad común en la que conluyan múltiples y heterogéneas identidades nacionales, regionales y locales: los microsistemas del gran sistema. No obstante, pese a la disparidad de países, de climas, de recursos naturales, de razas, de lenguas, de niveles económicos, de modos de producción, de inclinaciones psíquicas, hay indicios culturales comunitarios muy fuertes, persistentemente sumergidos en todos los actuales países iberoamericanos, ignorados o subestimados por los historiadores, por los sociólogos por los administradores de las llamadas vanidosamente políticas culturales. Asom-

bra la vigencia de los relatos satírico-jocoso de Pedro Urdemales. Los que por motivos aún no investigados por la Antropología Social constituyen un vastísimo y macizo corpus ideológico, la fuerza expansiva de romances hispánicos y mestizados, enriquecidos por incontables versiones americanas; la artesanía representativa de la identidad iberoamericana, a menudo marginadas tras la formidable maraña publicitaria y comercializadora de objetos humanos que se exhiben, se compran y se venden en el derroche del consumismo, que impide a muchos comprobar la autenticidad, riqueza y relevancia de la cultura de América.

Si al uso empírico, espontáneo, de bienes culturales como los citados y de muchos otros, se consiguiera añadir el mútuo conocimiento de ellos y ojálá sin intercambio vivencial obtenidos por los pueblos de nuestra América, se avanzaría notablemente en la búsqueda de la anhelada conciencia iberoamericana, en el cual el mar tiene tanto que decir, comunicar e integrar.

Quizás no hayan cambiado mucho las perspectivas desde la época cuando Keyserling hacía sus vaticinios en su obra titulada "Meditaciones suramericanas", y sigamos esperando el advenimiento de una vigorosa esperanza que anuncie la cercanía de una iberoamericanidad y que no sea sólo una liviana etiqueta de un alma y de un cuerpo inexistentes. Hay una gran palanca que puede levantar y abrir senderos para sentirse y ser iberoamericanos, sin menoscabo de los atributos que distinguen a cada pueblo, a cada pequeño grupo, no deben separarnos sino que actuar como positivos nexos de recíproca comprensión. Ella es la cultura, tan destacada por la teoría antropológica del particularismo histórico; mientras más diversificada, más fuerte; mientras más libre, más creadora cohesionante; mientras más equilibrada entre la legítima tradición y el buen uso de los cambios, más nuestra

En este plano, en la conjunción del pasado y del futuro para las naciones iberoamericanas de la cuenca del Pacífico surge una esperanza con el despertar y el fortalecimiento de una conciencia oceánica



Una estrategia antropológica para ayudar al cumplimiento de estos deseos consiste en descubrir microhistorias de núcleos étnico-sociales. De aceptar que el hombre prehispánico y el de la actualidad nos narre y nos muestre sus maneras de ser, con su nomenclatura, con su interpretación del universo, con lo que algunos científicos sociales llaman su etnociencia. Sin imposiciones ni deformaciones subordinadas artificialmente a marcos teóricos preestablecidos. Quizás, tendríamos que pensar seriamente en examinar con acuciosidad crítica la prehistoria y la historia de América, tal vez lo mejor sería escribirla de nuevo, si acaso escribir resulta lo más acertado. Y lograr, por encima de lo anecdótico, de lo informativo, de lo secundario una explicabilidad orgánica del fenómeno del mestizaje, somático, síquica, social y culturalmente entendido.

Un trabajo antropológico que se planifique para diseñar estrategias de éxito, que verdaderamente respete la especificidad local de las distintas sociedades, que no se limite a las formas, que haga confluír en el hombre la interacción de los comportamientos culturales y que no se reduzca a relegar a la herencia y al porvenir de América a un estado museográfico, entregará su aporte a la formación de una conciencia marítima, sugerirá métodos y prevendrá acerca de los riesgos de la investigación de la conducta humana, y nos acercará a descubrir y a saber cómo opera la identidad iberoamericana, la cual, hasta ahora, pareciera ser una locución altisonante pero con un significado desconocido.

## BIBLIOGRAFIA

### **BRØDBERG, GABA.**

"Groenlandia es nuestro mundo", El Correo de la UNESCO, año XXXVI, diciembre de 1983, pp. 36 - 37.

### **CAMPBELL, RAMON.**

La herencia musical de Rapanui, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971.

### **CARVALHO—NETO, PAULO**

"Lo que se dice de la Mama Huaca", en *Antología del Folklore Ecuatoriano*, Tomo II, Casa de la Cultura Ecuatoriana, pp. 115 - 120.

### **DANNEMANN, MANUEL**

"Concepción antropológica de una conciencia oceánica en Chile", en *Cultura nacional y destino oceánico*, Valparaíso, UPLACED, 1986, pp. 15 - 25.

### **DEMETRIO, FRANCISCO**

Dictionary of Philippine folk - beliefs and customs, Book No. III, Gagayan de Oro City, Xavier University, 1970 - Book III, p. 725.

### **DÍAZ ROBERTO**

"Totonicapán peces y pájaros de loza vidriada", *Tradiciones de Guatemala*, No. 4, 1975, pp. 43 - 75.

### **EMPERAIRE, JOSEPH**

Los nómadas del mar, Santiago, Eds. de la Universidad de Chile 1963 (traducción de Luis Oyarzún).

### **HERKOVITS, MELVILLE.**

El hombre y sus obras, México DC. Fondo de Cultura Económica 1969.

### **HORKHEIMER, HANS**

"Chancay prehispánico: diversidad y belleza" Lima en *Cultura Peruana*, Año XXIII, Vol. 23, 1969, No. 175 - 178 pp. 62 - 69.

### **IBARRA, ALFREDO**

"Entre los indios coras de Nayarit", México D.F. *Anuario de la Sociedad Folklórica de México* IV, 1944, pp. 50 - 63.

### **KUTSCHER, GERDT**

"Arte antiguo de la costa norte del Perú", en *100 años de Arqueología en el Perú*, Rogger Ravines (comp. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1970, pp. 285 - 307.

### **MEGGERS BETTY.**

"The Transpacific origin of Mesoamerican civilization". *American Anthropologist*, No. 77, 1975, pp. 1 - 27.

### **MURIEL, INES.**

Contribución a la cultura musical de los jívaros del Ecuador. *Folklore Americano*, No. 21, 1976, pp. 141 - 151.

### **PAHLEN, KURT**

*Sudamerika, eine neue Welt*, Zurich Orell - Fussli Verlag, 1949.

### **SILVA, OSVALDO**

Prehistoria de América, Ed. Universitaria, Stgo. 1983.

### **ZARATE, MANUEL**

Tambor y Socavón, Dirección Nacional de Cultura, Panamá - Imp. Nacional, 1962.